

RICARDO MOLINA,

un poeta de «Cántico»



OLEOS Y DIBUJOS DE:

Ginés Liébana • Miguel del Moral • Pedro Bueno • Manuel Aumente
Mario López • Antonio Povedano • Rafael Alvarez Ortega
Rafael Medina • Gregorio Prieto
Antonio Bujalance

OBRA CULTURAL DEL Monte de Piedad y
CAJA DE AHORROS DE CORDOBA

 Cajasur

Exposición organizada por la Obra Cultural del Monte de Piedad
y Caja de Ahorros de Córdoba -Cajasur- al cumplirse el vigésimo
aniversario de su muerte



RICARDO MOLINA,
en el 20 aniversario de su muerte

Antonio Rodríguez Jiménez

A Ricardo Molina se le ha descrito en alguna ocasión como a un aristotélico profesor de los años sesenta, misterioso, oscurecido, enlutado, ceremonioso en su andar y en su figura. Catador incansable de las buenas tabernas, los libros de las trastiendas y la hermosura urbana y decadente de la Córdoba antigua.

Nació Ricardo Molina Tenor en Puente Genil, en 1917. Fue profesor de instituto y de algunas academias cordobesas. Casi al final de su vida (murió el 23 de enero de 1968, de un ataque al corazón) consiguió una cátedra de instituto. Dámaso Alonso lo evoca emotivamente: «Recuerdo tus afectuosas visitas a mi casa de Madrid. Tu enfermedad ya estaba patente, tu salud ya me daba miedo. Y estabas, a pesar de todo, teniendo que hacer, en Madrid, unas oposiciones, que eran necesarias para tu vida. Yo veía que la muerte te estaba amenazando. Y sin embargo, trabajabas, hacías bullir tu talento, y lograste, contra toda injusticia, ganar aquellas oposiciones. Bravo, Ricardo».

Probablemente, su condición de profesor de francés lo puso en contacto con lo mejor de la poesía simbolista y europea. Esto unido a su necesidad de aprehender una realidad más allá de la cotidianidad provinciana catapultaron su espíritu hacia una universalidad sin límites. Aunque, curiosamente, hay que tener en cuenta que Ricardo Molina fue un poeta muy apegado a las cosas de su tierra, amante de las calles de la ciudad y de sus vinos, de su entorno natural inmediato. Eso, empero, se tradujo en su obra sin pacatería ni catetez, dándole una nueva y excepcional dimensión de universalidad. Desde sus *Elegías de Sandua* hasta *Elegía a Medina Azahara*, pasando por numerosos poemas concretos, sirven de ejemplo para ilustrar lo antes dicho.

Pero la verdad es que no nació Ricardo Molina en tiempos propicios para la lírica. Vino al mundo en un momento en que se hacía una poesía hueca y sonora por un lado, e instrumentalizada por otro. En una España sórdida y hundida por la guerra. Libros como *Elegías de Sandua* o *Regalo de amante* son obras extrañas, incomprensibles, fuera de su tiempo. La sexualidad, el deseo, el amor en el sentido amplio y corporal, inmerso todo ello en una auténtica e intensa poesía era casi inimaginable haberle dado vida en los años 40. Uno de los méritos de Molina—en este sentido— fue el no tener falso rubor ni convertirse en autocensurador. En esa coincidencia doble de mirar las cosas y en ese sentido especial para concebir la realidad nació seguramente *Cántico* y con ese talante de liberación interior vivió este grupo su primera época.

«Y otros dirán tal vez: «Amaba sólo el cuerpo.
Era un materialista.
Sus Elegías son poco recomendables.
Muchas podrían tacharse incluso de inmorales».

Su amor por la naturaleza fue tan grande que asocia el mismo su muerte con el retorno al origen, a la fusión con el cosmos. Un solo verso sirve para expresar esa idea y ese sentimiento de comunión con la naturaleza: «Pues yo habré muerto entonces y será primavera». Y continúa al final de esta Elegía:

«... y yo seré una sombra dulce y apasionada
que cruzará en silencio los verdes arrayanes».

Es igualmente, en su concepción amorosa, consciente de la época en la que escribía y de los aires platónicos y falsos que corrían, advierte que será criticado duramente. Hay cierto paralelismo con otro gran poeta del amor, San Juan de la Cruz. Uno y otro han bebido en la misma fuente —*El Cantar de los Cantares*— y esto trasciende notablemente en la obra de ambos.

Ricardo Molina participa del *carpe diem* horaciano en su manera de concebir la vida. La preocupa intensamente el momento en que vive, el gozo profundo del instante. De ahí que marque, como un diapasón, los tres instantes fundamentales de su existencia: el amor, la vida y la muerte. Transitando en estos tres extremos con una gran naturalidad.

La obra de Ricardo Molina retornó, tras algunos años de silencio, en 1975, cuando Mariano Roldán publica en la colección *Dulcinea* una edición-homenaje de dos libros: *Cancionero* y *Regalo de amante*. Pero fue un año más tarde cuando aparecen, por un lado, el estudio y antología de Guillermo Carnero *El grupo Cántico de Córdoba*, que ofrecía una visión de conjunto sobre estos poetas, y por otro lado, era el propio Roldán quien daba a la luz la primera visión global de Molina con la publicación en Plaza y Janés de *Antología* (Barcelona, 1976). Más tarde, en 1982, se publicó la obra poética completa, en la que Bernabé Fernández-Cañivell, María Victoria Atencia, Pablo García Baena y Rafael León aportaron gran cantidad de inéditos, transcritos y ordenados con rigor. A esto hay que sumar la separata de Carlos Clementson titulada *La poesía de Ricardo Molina*, que sería sólo el esbozo del libro (editado por Cajasur en 1986) *Ricardo Molina, perfil de un poeta*, hasta ahora el ensayo más extenso y completo que se ha escrito sobre el poeta de las *Elegías de Sandua*.

La obra de Molina es bastante extensa e intensa y publicó además de una docena de poemarios varios textos en prosa. Desde 1945 hasta 1982 en que se publican sus obras completas se editaron *El río de los ángeles* (1945), *Cancionero* (1975), *Regalo de amante* (1975), *Elegías de Sandua* (1948), *Tres poemas* (1948), *Corimbo* (1949), *Elegía de Medina Azabara* (1957), *La Casa* (1966), *A la luz de cada día* (1967), *Psalmos* (1982), *Homenaje* (1982), *Otros poemas* (1982). En prosa publicó *Tierra y espíritu* (1965), *Mundo y formas del flamenco* (1967) y *Función social de la poesía* (1971). Este último título, aparecido póstumamente, es un estudio profundo sobre la presencia del poeta en el transcurso de las culturas humanas.

El río de los ángeles lo publicó en agosto de 1945, en la revista *Fantasia*, libro que pasó «ligero y desnudo, sin pena ni gloria» según palabras de su compañero García Baena y en el que asoman ya los rasgos temáticos fundamentales de su obra posterior. Son patentes las resonancias claudelianas, bíblicas. El amor y la naturaleza junto al sentimiento religioso se presentan sosteniendo su mundo, como los tres pilares básicos que sostienen su cosmos poético y le dan vida. Abundan las exclamaciones, las enumeraciones e interrogaciones junto al paso del tiempo, la caducidad de los logros humanos, la muerte y la identificación del hombre con la naturaleza.

El ímpetu incontenible de su expresión amorosa es llevado a través de un versículo que deja escapar abiertamente y sin estrecheces su incontenible torrente lírico. Destaca el sentimiento erótico-amoroso, vinculado a la panfesta visión de una naturaleza solidaria con el poeta, de tono bucólico, pero teniendo conciencia del paisaje concreto. Así podemos ver en el poema «Más allá de los arenales»:

«Más allá de la Breña...
Allí todo es pureza: las palabras
son como rosas recién abiertas en la mañana;
.....

todo es música y alma
en el Río de los Ángeles...

Carlos Clementson define los dos ejes de su poesía como la experiencia del amor en plena naturaleza y la constante de una vocación espiritual que se sabe culpable y en pugna con sus apetitos y el imperio de los sentidos (materialismo y religiosidad).

La angelología rilkeana hace mella en esta obra del poeta pontano: «los ángeles del alba cantan en los vientos, tímidos (...) y me olvido de todo contemplando cómo besa la luna a un ángel en los párpados». Luego llegó Ginés Liébana y Miguel del Moral y se dedicaron a dibujarlos casi obsesivamente. Liébana los ha creado de todas las posturas: son ángeles sanos y santos o demoníacos y malvados. Pero todos ellos presentan un delicioso y ambiguo aspecto físico, todos ellos guardan la belleza en sus ojos o en su cuerpo. Están preparados para amar y ser amados o simplemente para cuidar y hacer perenne el sentimiento amoroso. Desde entonces, el ángel se ha convertido en el símbolo de los poetas de *Cántico*. Quizás también sea porque Córdoba está llena de ellos y abundan en todos los puentes, plazas, iglesias y rincones de la ciudad. Luego, cada poeta los ha moldeado a su forma hasta darles vida. Miguel del Moral estaba reconstruyendo uno hace varios meses. Era de madera y lo estaba policromando adecuadamente. Los de Liébana son ángeles un poco venecianos, dantescos, con túnicas sagradas que exhalan una belleza antigua, italianizante, entre demoníaca y festiva e incorporan motivos carnavalescos. Ricardo Molina, no obstante, los prefería de carne, eran materia amorosa y sagrada. Son tan bellos sus ángeles que hasta la luna los besa en los párpados.

La religiosidad es muy patente en los poemas «Salmo del ángel cautivo» y «Cántico de la resignación»:

«Señor, yo viviré sin que mi alma se rebelde,
¡Ah! Viviré, Señor sin un reproche,
porque estás mirándome...»

Efectivamente, en este poeta se da una dualidad importante: lo religioso y lo pagano. Esto posiblemente lo aclaró él mismo en una carta que le escribió a Vicent Aleixandre en la que decía: «El dualismo más inexorable habita desde los veinte años en mi alma: dos vidas, dos amores, dos paisajes, dos penas, dos alegrías. Si una vida canta dichosa, la otra como una sombra, la sigue llorando; si un amor triunfa, el otro, celoso, escolta su dicha sombríamente...».

Cuando tenía 30 años, en 1947, escribe *Regalo de amante*. En poemas como «El encuentro», el amor aparece envuelto «con otras gentes», mientras el poeta «contemplaba en silencio —solitario— desde las calles de Córdoba, el vago advenimiento de la primavera». La arquitectura urbana a través de tejados, casas y calles son elementos primordiales en la expresión poética moliniana. En *Regalo de amante* la música y el amor se extienden por los ríos, entre los pinos, pasando delicados entre los huertos. Ricardo Molina no recurre a paisajes fantásticos ni leídos, no habla de océanos ni de acantilados, su mundo interior es instalado en su paisaje real, en el vivido. La naturaleza es simplemente la que le rodea. Cuando habla de que «en la arena húmeda escribo tu nombre y lo beso, lo baño con mis lágrimas...», se refiere a la orilla del río y su paraiso es Trassierra. Igual ocurre cuando alude a los elementos vegetales. Los árboles, que los conoce detalladamente y por sus nombres, son los que están ahí en la sierra, y las flores, con todos sus aromas y colores, existen y las describe a través del recuerdo y vivencia directa.

Comenta Clementson que el poeta establece un coloquio apasionado entre amor y naturaleza. Tanto este libro como *Cancionero* y *Elegías de Sandua* no fueron escritos por su autor con la finalidad de publicarse, sino como estrechados diarios íntimos de una auténtica experiencia amorosa, pura literatura confidencial, «secreta eclosión lírica de un amor celosamente guardado en el pecho, a salvo de cualquier posible indiscreción ajena. Esto le confiere una naturalísima frescura, una jugosa autenticidad a corazón abierto, al margen de cualquier retoricismo buscado, y una franca naturalidad en la expresión de la pasión amorosa, sin inhibiciones de ningún tipo».

Sus compañeros y amigos lo recuerdan con afecto. Pablo García Baena ha dicho sobre Molina que es, ante todo, un poeta amoroso y sus mejores libros son los que se centran en el amor. Sobre las *Elegías de Sandua* dijo que tendrá que pasar mucho tiempo para que aparezca otro libro parecido. Junto a *Regalo de*

amante y *Cancionero* constituye una trilogía de gran maestría. «En el tema del amor hay muy pocos poetas que se le puedan comparar: San Juan de la Cruz y Bécquer, y quizás no haya ningún otro con fuerza».

Vicente Núñez afirma que su mensaje lírico tiene la cultura de lo que se ha abandonado. Las *Elegías* —continúa— representan la puesta en marcha por primera vez en la lírica andaluza de un sentimiento, depurado por una cultura tan densa como la cordobesa. Ricardo Molina no se hubiera atrevido a amar sin cultura, ni a ser culto sin amor, ya que su obra es un prodigio de levedad pero también de espesor conceptual que coincide en esa maravillosa métrica deslavazada, a veces, de sus *Elegías*.

En torno a su figura, se reúnen en esta exposición algunos de sus amigos más entrañables: *Ginés Liébana* y *Miguel del Moral*, con los que iniciara la revista y con los que convivió estrechamente. Sobre Miguel escribió en unos versos: «Nube rosa ilusión despliega el iris/ abrumando la tarde y Primavera/ abre para ti solo misteriosa/ la alcándara triunfal de los colores». Liébana comenta el diáfano humor de Ricardo y lo revive describiendo situaciones «Cántico», como él las llama. Otros pintores colaboraron en la revista, como *Pedro Bueno*, que realizó una portada; *Manuel Aumente*, *Rafael Álvarez Ortega*, también llevaron a cabo alguna. Este último construyó, además, un interesante retrato del poeta pontano; como el que también realizara *Antonio Povedano*, que conversaba a menudo con Molina sobre temas flamencos. *Mario López*, poeta del grupo y pintor participa en esta muestra junto a *Rafael Medina*, *Gregorio Prieto* y *Antonio Bujalance*. Este último es el autor del retrato más reciente que se ha llevado a cabo sobre Ricardo.

Todos ellos, junto a Pablo García Baena, Juan Bernier, Julio Aumente, Vicente Núñez, Mariano Roldán, Carlos Clementson, José de Miguel y Juana Castro participan de una manera directa en este homenaje que conmemora el 20 aniversario de la desaparición del poeta.

La figura enlutada, enristecida y a la vez entusiasta y amante caminará siempre, misteriosa y callada por las viejas calles de Córdoba o clamará amorosa en las piedras del río o mecida por entre las hojas de los árboles de la sierra cordobesa y siempre estará ahí para decirnos: «El poeta actual descubre con ojos de vidente la primigenia razón de ser de la poesía y lucha con denuedo por regresar a las fuentes y convertirla en lo que originariamente fue: la gran fuerza espiritual útil al hombre, la amiga del hombre, por excelencia».

CANTICO



Sandua

PABLO GARCIA BAENA

Ricardo Molina

En Sandua aúlla el viento, Ricardo, como un negro
animal lastimado que bajara del monte
y es esa queja oscura por los avellanares
la que dice a mi alma que de nuevo es otoño,
octubre, gajo, sorbo morado y que tú has muerto.

Pero si eras la vida y la luz, la armonía,
hijo claro del sol, del estío, del agua.
A orilla de los ríos el esbelto ramaje
interior de tus días elevaste encendido:
Guadalquivir, Bembézar, Guadiato, Genil.

Y es ésta aquella tarde cuando el amor citaba
tu corazón ansioso en los mismos senderos
de aulagas y lentiscos hacia Quitapesares...
La tarde monacal y su salmo amarillo,
ensalmo de febriles ojos entre los árboles.

Allí están los pastores junto al bardal ruinoso
que la alcaparra cubre con su airón de soberbia
y como por el sueño, flotando, se oye apenas
tu voz que va diciendo: Trassierra, Piedrahita,
vuestro antiguo secreto guardad en cofre amargo.

Puedo entrar por tu casa como entonces: los libros.
la gramola, los cromos, la mesa isabelina
y aquel dorado espejo francés en cuya gruta
lunar un día se vieran echarpes, aderezos,
se asombra ante el viudo luto de A. Machado.

Fueron muchos los nombres que amaste: Flora, Ibiza,
Juan Sebastián, Li-Po, la Niña de los Peines.
¿Quién podría decir los colmados tesoros
que tu alma, rosa múltiple, deshojaba riendo?
Voces dispersas unen, cantan la melodía.

Es bien dura la vida para un poeta pobre,
Las clases comenzaban con el día. Amanece.
Autobuses, colegios, monjas, ayuntamiento...
¡Qué lejano se aspira el olor del romero,
la libertad, esa lluvia deseada y desnuda!

La gente más humilde supo de tu sonrisa,
de tus manos abiertas al mismo desamparo:
los paveros que traen candelal nochebuena,
Fuensanta y sus anafes, don Fernando Carmona,
y era tuya esa lágrima que enoja su tristeza .

Por la Ribera, El Potro, Campo de la Verdad,
por la empinada calle que ahora lleva tu nombre,
alzabas el moriles pálido en las tabernas
y la noche feroz, enajenada, abría
el asfixiante grito irracional del cante.

Fue largo aquel adiós. Las manos se brindaban,
estrechaban, rehusan. Ella estaba segura
y tejía impasible en su ruca de invierno
el frío preparado, la mosca, la escayola...
En Sandua alegremente amanecían los pájaros.





CANTICO

Oda a Ricardo Molina

MARIO LOPEZ (1969)

Una voz en el tiempo. Palabras que se quedan,
musicales o tristes, habitando en nosotros.
Más allá del olvido... Salvación y consuelo
de la Poesía. Eso es todo. Definitivamente...

Cuando todo prosigue: Primavera en los labios
de las muchachas... Jaras o adelfas floreciendo
por aquellos parajes donde secretas corren
las transparentes aguas del Río de los Angeles.

Bucólicos confines de la provincia. Sierras
del alba. Humildes lirios de Sandua o Piedrahita.
Hontanares de cielo para el amor de siempre.
Soledades de Góngora o Ricardo Molina...

Era entonces apenas un ayer tan cercano
que hoy parece mentira la elegía de tu vida.
Que fue verdad tu paso, cantando entre nosotros,
imprimiendo la huella de tu alma en las cosas.

En las sutiles, hondas e inaprehensibles cosas
de los campos y pueblos de nuestro Sur de España,
con sus cielos, sus gentes, procesiones, olivos,
duendes, vinos y cantes, sus alegrías o penas...

Arbol de luz y sombra, plantado en tierra fértil
de míticos efluvios, el sensorial ramaje
sumergido en atmósfera de sol y evocaciones:
Tal eco ya sin nombre... Un corazón que pasa...

Ricardo amigo, ungido de aquella misteriosa
gracia al trasluz o enigma del fuego y de la nieve,
contenidos, tal gema de abisales destellos
en tu interior imagen de andaluz increíble...

Lírico transeúnte por cotidianas calles
luminosas. Las calles del recuerdo más vivo.
Enraizado y exento de toda prisa urbana,
«preso en rostros, palabras y manos, verdaderas...».

Soledades, trabajos, sufrimientos, insomnios,
hasta hallar la palabra que del cielo no cae.
La palabra que sube desde oscuras raíces
y edifica o compensa si al cantar ilumina.

¿Qué más puedes dejarnos...? Emocional testigo
del capitel yacente mordido por los soles
y la melancolía del musgo... Oh aventadas
cenizas de palabra al huir de los labios...

Testimonio inefable de la Poesía... Rescoldo
vesperal, delirante, de ese insólito trino
siempre ya detenido sobre los jaramagos
y los mármoles rotos de Medina-Azahara...

Con «tientos» de guitarra la ciudad continúa
marcando, indiferente, sus implacables horas
de importantes negocios o asuntos tan urgentes
al tiempo de librarlos en callejón de nichos.

...Por el aire de Córdoba. Por la cal amarilla
de las calles al río. Por plazuelas sin nadie,
arcángeles, crepúsculos, tabernas y nostalgias,
cualquier esquina o arco a tu memoria llevan...



SAVONIA P. 270.

Paisaje con campanas

JULIO AUMENTE

Son ya las seis y media y es domingo. Febrero
trae uno de sus días soleados y dulces
en los que ya se siente rozar la Primavera.

Desde este mirador veo Córdoba: sus torres
y sus casas bañadas en el sol de la tarde,
con un silencio apenas roto por unos pájaros
o por llantos de niños en las casas cercanas.

A veces toda la ciudad vibra entera
y el aire es dulcemente rasgado
por la campana de un convento que toca a Vísperas.
Primero es el Císter, luego la Encarnación,
lejos se oyen apenas Santa Isabel y el Corpus.

Después viene el silencio a dominar de nuevo.
Por la campiña se vuelve el aire tenuemente violeta
y en la sierra los montes oscuramente azules,
¿acaso no es la tarde como una nueva aurora?
San Jerónimo cubre su perfil de naranjas.

Un rumor de caballos sube desde la calle.
Las campanas repiten su llamada insistente
y los pájaros huyen de las torres. El Angelus
se extiende en toda Córdoba entre sol y silencio.

En la blanca azotea de un convento apartado
del mundo por ligeras celosías de madera,
una monja recoge las ropas ya secadas.

La última campana ha cesado. Imperceptiblemente
la tarde va dejando jirones de sí misma
en las cumbres más altas de Sierra Morena.
Lejos hacia Granada las luces van huyendo
y ni un rayo de sol queda ya en los tejados.

Los jardines ocultos van despertando al frío
y de un balcón oscuro surge un rumor de música.
La noche viene lenta casi como la muerte
que se espera, no llega y de pronto ha llegado.

CAN- TICO

H O J A S D E P O E S I A



6

AGOSTO · SEPTIEMBRE · 1948

Palinodia a Orfeo

MARIANO ROLDAN
Del libro «*Ley del Canto*» (1970)

(En memoria del poeta Ricardo Molina)

*La pena de los dioses
es no alcanzar la muerte*
Rubén Darío

*La muerte...
...es necesaria y fatal*
Omar Kayyam

I

El llevaba razón. No era la vida
—eso que se nos da, sin que nosotros
tengamos parte en el merecimiento—
puro dejarse, sino la obstinada
aventura y fruición de lo vivido.
Ahora lo comprendo y me retracto.
Me retracto de tantas horas vanas
como viví, de tanto acto inútil
que yo mismo me impuse o me impusieron.

Con su muerte —¡Dios mío, con su muerte!—
alcanzo claridad, siento que empiezan
a moverse en la luz las cosas, busco
la certeza de ver lo verdadero.
Comienzo a percibir que nada vale
la pena, nada sirve nada es
cierto, si no lleva justo el sello
de la humana verdad que nos sustenta,
nos hace libres, nos convierte en únicos.

Con su muerte, es decir, con la victoria
sobre sí mismo y sus pequeñas dudas,
con esa sostenida llamarada
de la que nace muerto limpio y hombre
a quien ya su verdad no ofrece límites,
sorprende en carne viva la miseria
de nuestra humana condición mortal,
nos avergüenza de seguir viviendo
como antes, culpables satisfechos.

Como de los infiernos de uno mismo,
desde el profundo cauce de la sombra
llega la voz de Orfeo, que ahora canta:
*«La vida para ti no ha sido hastío,
sino un gran espectáculo de amor.
La vida para ti no ha sido estéril
pozo, sino el oasis del desierto.
La vida para ti no ha sido ocio:
ha sido una aventura en tierra libre».*

II

Hace frío esta tarde. Está la vida
como parada con tu muerte. Abro
el recuerdo a otros días. Brilla el sol,
calienta siempre el sol las calles que andas
como perdido entre ti mismo. Miras
y en tu mirada haces nacer el mundo
otra vez. Te sonríes serio. Entras
hacia tu salvación terrestre, alegre
el libro bajo el brazo, que ahora el vino
supo llevar hasta la boca.

Cierran

las sombras. Sales. Sigues caminando.
Tras el cristal fulmina la pupila.
Muge ya cerca el río.

Cae la noche

como una amante hacia la madrugada. Húmedas
van declinando las estrellas. Tú
caminas, vivo, por tu historia de hombre.

Y hace frío en la tierra, mucho frío.

III

¿Vivo en tu historia? ¿Vivo en tu palabra?

Vivo en ese destino que cumpliste,
oh terrenal consolador del llanto,
demiurgo que al ser procuras gloria

y alzas el canto entre los hombres
para acertar la puerta al laberinto
preparado a tus ojos desde siempre.

Vaya tu cuerpo a tierra. Vaya al polvo
lo que es del polvo y tenga paz. Locura
fuera aspirar a que esta débil trama
de carne, hueso, piel, cabello y sangre
que nos conforma, retuviera el alma
por siempre: roería nuestras horas
el hastío.

La muerte es necesaria.

Aunque hay que merecerla, hacerla don
que se conquista desviviéndose,
no quedándose en frío muerto anónimo
al que la vida le negó sus pechos,
hombre huérfano ya de su otro hombre.

La muerte es necesaria.

El canto asiste

con su carisma a esta verdad.

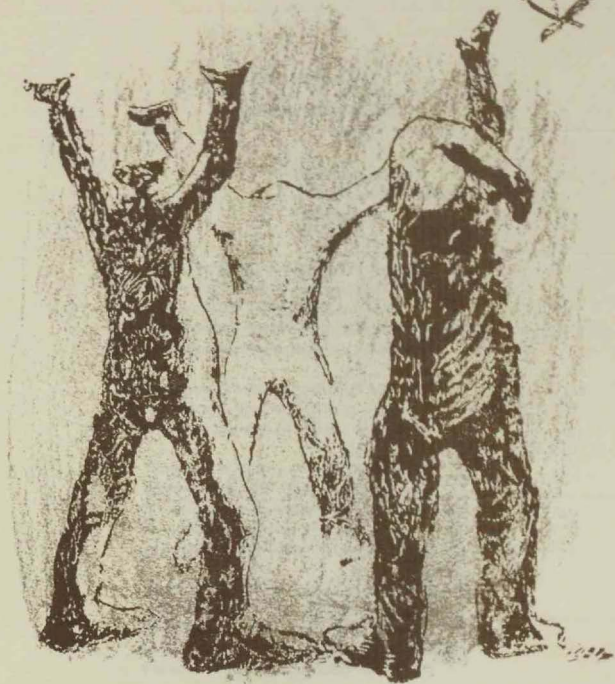
La ungue

de hermosa luz, le ofrece su serena
revelación carnal y la transforma
en un rescoldo de palabras vivas
que sobrepasan las montañas, cubren
los horizontes de la tierra, surcan
todos los mares, entran, salen, logran
su propio abismo y propio cielo, arrancan
luz a la sombra, agua a los desiertos,
y permanecen como ofrenda última
y testimonio ante los siglos
de lo que los mortales, animados
por el miedo tenaz y la esperanza
acertaron a obrar en su descargo.

Como la savia al fruto, día a día,
otorga fresca madurez jugosa,
tu silenciosa voz colmó tu verso
hasta que otoño maduró las dudas.
Larga fue la tarea. Afortunado
el empeño, laborioso
el minuto, la hora, el día, el año,
la vida plena, fiel a cuerpo y alma.
Veo claro al fin entre tanta amargura.
Tú llevabas razón. Valga tu ejemplo.

Otra vez sobre el tiempo impere Orfeo.

CANTICO



El extranjero

CARLOS CLEMENTSON

*A Ricardo Molina,
en brazos ya de la Naturaleza,
definitivamente.*

Tanto amó la belleza que se quedó desnudo,
exento, libre, enhiesto como un árbol de gloria
solar o melodía, transparente, impoluto,
libre de impuestos, humos, proclamas, compromisos,
cotidianos escombros, humanos patrimonios.

Tanto amó la belleza que se quedó desnudo,
alto y en vilo, puro tal la llama en el aire
o un agua despojada de su cauce de cieno.

Tanto amó la belleza, la verdad, la inocencia
de las claras palabras, de la vida en las manos
que los hombres de cuero le volvieron la espalda,
lanzándole anatema, burocracia, espesura
de decenios de rabia, resentimiento, etcétera.

Quedó sólo, olvidado, perdido en su universo
vegetal de aire y pétalo, azul entre la brisa,
desharrapado, ausente, quizás insolidario
con la misma miseria de siempre de los hombres
y la tez amarilla de sus propios hermanos.

Quedó solo, olvidado, anónimo y convicto
de lesa democracia y sordo a la consigna.

Tanto amó la belleza que se quedó desnudo...

El bosque, la paloma, las palmas en la orilla,
la luz, el sol, el aire, el mar le sonreían.



Elegía de la ausencia

JOSE DE MIGUEL

A Ricardo Molina

Y tú, sin sombra ya...

A. Machado

No sé decir, amigo, con palabras precisas,
el dolor de tu ausencia, punzante en el recuerdo
como una herida antigua.

La ebriedad de la vida, el dionisíaco
racimo de sus dones,
pierde sazón si tú no lo compartes.

Era tu magisterio, lazarillo
para el deslumbramiento de aflorar las sutiles
fibras del pensamiento o la vivencia,
ovilladas ocultas en pliegues de atonía.

Tu fervor desvelaba paisajes cotidianos
que hacfa nuevos la incisa punción de tu mirada.

Cada libro en tu mano era un gozoso éxtasis
que uncías a ti, consubstancial e íntimo,
hasta exprimir el magma de tu sabiduría.

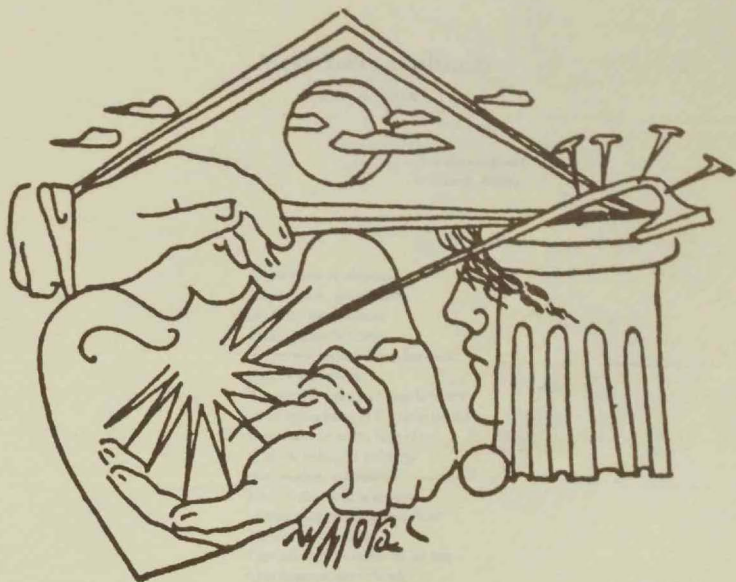
Altas torres alzaba tu inteligencia lúcida
al artificio de la metafísica,
anclados sus cimientos en el henchido jugo
oscuro de la tierra; jugando, conjugando,
como del caño al coro, adensados
rigores humanísticos, con la pavana cálida
de la vida que biega vivaz por las aceras.

En tu cajón de sastre, promiscuabas
el «Bárbara, Celarent...», y el perol dominguero
en los sotos amables que Betis fertiliza.
De Kafka o Schopenhauer, de Whitman o Cernuda
—doble salto mortal— aterrizabas
en la tapa de setas y el «medios» de Moriles
—un vaso de buen vino arciprestal y lúdico—
ritual, combebido con yunteros, gitanos,
furtivos, cantaores y trajinantes ínfimos
de la menstrualía de sol a sol;
sentenciosa cultura viva, milenios
decantados en el matraz de un pueblo
oficiante en el ara amical
de las graves, austeras tabernas cordobesas
—aulas de barrio— por la Piedra Escrita,
Campo de la Verdad, Plaza del Potro,
o entre los soportales que Monipodio anima
en la lección de Historia que da la Corredera.

El ethos, la belleza esencial, peplo de gracia,
lucíernaga que anida en el haz de las cosas
—flor, paisaje, poema, ciudad, cante, cintura—
alquitarada con un gozo pánico,
herencia fiel de hombres que cantaron casidas
al jazmín y la luna,
era el altar en el que te inmolabas.

...Todo pasó, Ricardo. Todo, menos la siembra
fértil de tus palabras, verso a verso.
Por el pinar de Sandua, aún vaga dulcemente
tu recuerdo, perdido entre los brotes tiernos,
como amantes en flor, del brezo y de la jara,
y en los avellanares, que el viento peina inquieto.

Pero tú ya te has muerto. Y triunfa Primavera
nuevamente en Trassierra. Y algún adolescente,
beberá en tus poemas la imagen trascendida
del paisaje, que en ti tuvo voz y ornamento,
y llorará su Cántico de amor y soledades
diciéndole a los montes la elegía de tu ausencia.



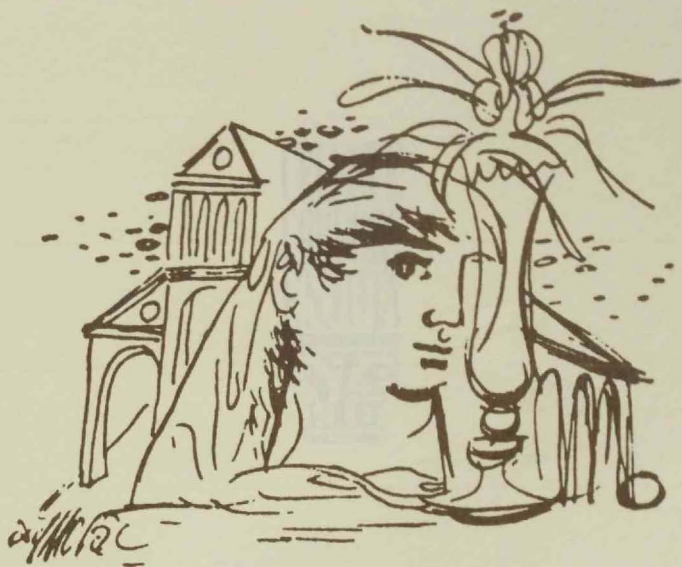
Mejor fuera el silencio

JUANA CASTRO

*A la clara memoria
de Ricardo Molina*

Mejor fuera el silencio.
Mejor fuera, aguardando
el viento en una hoja,
algún grano de tierra,
doblada la mudez sobre los ojos.
Sola es la mañana.
Tan serena y tan fría, que la frente
se adelgaza hasta el fin. Sólo un hilo,
tenue hilo de araña bajo el sol.
¿Dónde hallar las palabras
que puedan, solamente
herir la claridad, acercarse
al transparente labio de la luz?
Me declaro perdida.
Devastada, sola ruina en mi ser.
Qué hago ya, profiriendo
inútiles sonidos, si mi voz
se me va de las manos, desasida
frente a este esplendor que me traspasa
como un cuerpo desnudo,
palpitante de paz.

...En el silencio.



CELESTE
CORDOBA
ENJUTA





C/. Reyes Católicos, 6

DEL 23 AL 31 DE ENERO DE 1988

Inauguración: día 23 de Enero • Horas de visita: de 7 a 9 tarde